

DE LA ACLAMADA AUTORA DE LA TRILOGÍA *UNA VIDA OCULTA*

SALLY GREEN



EL
MUNDO
DE LOS
DEMONIOS

GRANTRAVESÍA

EL MUNDO DE LOS DEMONIOS

GRANTRAVESÍA

SALLY GREEN

EL
MUNDO
DE LOS
DEMONIOS

Traducción de
Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

EL MUNDO DE LOS DEMONIOS

Título original: *The Demon World*

Texto © 2019, Sally Green

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd., London

Traducción: Juan Fernando Merino

Mapa e ilustraciones de capítulos: Alexis Snell

Diseño de portada: Mike Heath

Fotografía de la autora: Mark Allen

D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición:

ISBN: 978-84-120304-3-3

Depósito legal: B-27178-2019

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

Código 9004894

Para Indy





*Es ilegal comprar, comerciar, adquirir, obtener
por cualquier medio, inhalar, tragar o hacer uso
de cualquier forma del humo de demonio.*

Leyes de Pitoria, V. 1, C. 43.1





MESETA NORTE

BRIGANTIA

• PRAVONT

HERDEME

ROSSARB

• BOLLYN

• CAMPO DE HALCONES

EJERCITO
PRIVANT

• DONNAFON

BAHIA DE
ROSSARB

PITORIA

PORNAN

HAVERSHAW





TZSAYN

ROSSARB, PITORIA

El príncipe Tzsayn oteaba el horizonte desde los baluartes del castillo de Rossarb.

Abajo, la ciudad estaba sumida en la oscuridad, los techos eran un apiñamiento de tejas y chimeneas, y las murallas —custodiadas por centenares de sus mejores soldados—, una mancha difusa en la distancia. Pero aún más lejos, hacia el sur, el terreno se encontraba iluminado: el ejército invasor procedente de Brigant, con miles de hombres, avanzaba con sus antorchas encendidas.

—¿Qué opinas? —preguntó al hombre de cabello azul que estaba a su lado—. Y no intentes endulzarme el oído.

—¿Lo he hecho alguna vez? —replicó el general Davyon, si bien miró a su alrededor como si estuviera buscando algo positivo que decir—. La ciudad va a caer. Es sólo cuestión de tiempo. Ellos tienen demasiados hombres y nosotros muy pocos para evitar que traspasen las murallas. Una vez que las franqueen, las barricadas que hay en las calles retardarán su avance, pero el enemigo encontrará caminos a través de las casas, por encima de ellas... Las barricadas podrían atrapar-nos a nosotros tanto como los frenarían a ellos.

Tzsayn hizo un gesto de contrariedad.

—No quiero que me endulces el oído, pero tampoco te pedí que lo cubrieras de sal y lo hicieras arder.

Davyon continuó.

—Lo mejor sería retirarnos al castillo y esperar allí hasta que lord Farrow llegue con refuerzos. Los soldados de Brigant no pueden arriesgarse a ser rodeados. Tendrían que retroceder, y entonces nosotros podríamos contraatacar.

Tzsayn asintió.

—*Si* podemos defender el castillo. Y *si* Farrow en efecto viene... Pero si no es así, me arriesgo a perderlo todo... y a todos. —Se frotó el rostro, tenía un ojo irritado, el cuerpo le dolía, apenas había dormido durante los días pasados—. ¿He tomado la decisión correcta, Davyon?

Aloysius había exigido que su hija, la princesa Catherine, fuese devuelta para evitar el saqueo de Rossarb y que todas las personas que estaban en el interior de sus murallas fueran masacradas. Y al divisar el avance de la multitud de antorchas, Tzsayn supo que la ciudad estaba perdida y que muchos morirían. Él podría prevenir aquellas muertes sacrificando una sola.

El general vaciló un instante.

—Eso sólo puede saberlo usted, Su Alteza. Pero la medianoche se está acercando velozmente.

—De modo que es un poco tarde para cambiar de opinión —dijo Tzsayn, terminando la frase empezada por su subalterno. Se permitió unos instantes para pensar en Catherine: aquella sonrisa, esa risa franca, esos ojos cuando miraban los suyos... No, Tzsayn nunca podría sacrificar a Catherine entregándola a su padre.

—Están impacientes —murmuró Davyon.

En el mismo momento en que hablaba, una densa ráfaga de flechas encendidas salió volando hacia el cielo nocturno desde donde estaba el ejército de Brigant. Mientras empezaban a caer, después de superar las murallas de la ciudad, despegó otro abanico de flechas. Se escucharon gritos desde la muralla oriental. También allí había golpeado el ataque.

Las facciones de Tzsayn se crisparon a la vista de los proyectiles de fuego y pasado un instante se giró y dijo:

—Vamos. Tenemos cosas que hacer.

Los dos hombres se apresuraron hacia los aposentos de Tzsayn. El príncipe echó un vistazo a la carta sin firmar que reposaba sobre su escritorio.

Al príncipe Thelonius, regente de Calidor:

Escribo esto mientras comienza la batalla por Rossarb y debo ser breve. Su hermano, el rey Aloysius de Brigant, ha invadido Pitoria, dando muerte a un gran número de súbditos leales a mi padre, el rey Arell.

Pero esto no es una mera guerra de conquista, tiene un propósito más profundo. La princesa Catherine, su sobrina, está aquí en Rossarb, conmigo, y me ha confirmado que el único objetivo de su padre siempre ha sido recuperar el principado de Calidor. Todas las acciones de Aloysius, incluyendo mi matrimonio arreglado con Catherine y el intento de asesinato de mi padre, han sido estrategias, distracciones realizadas para invadir la Meseta Norte y asegurar su recurso más valioso: el humo de demonio.

Aloysius tiene la intención de crear un ejército de jovencitos vigorizados por el humo arrebatado a los demonios púrpuras. Si los adolescentes —niños o niñas— inhalan este humo púrpura de

demonio, adquieren fuerza y velocidad superiores a las del más curtido soldado. He visto la magia de ese humo con mis propios ojos, y su poder sobrepasa cualquier cosa que pueda imaginarse.

Así que esta carta es a la vez una advertencia y una petición:

Le advierto que cuando Aloysius haya asegurado la Meseta Norte y haya preparado su ejército de jovencitos, atacará Calidor.

Y, para evitar eso, le pido que se una a nosotros ahora en la lucha contra él.

Tzsayn firmó la carta, vertió un círculo de cera azul y presionó su sello contra la cera. En el exterior, añadió otra nota.

Este pergamino debe ser llevado a toda velocidad al príncipe Thelonus de Calidor. Quienquiera que lo lleve deberá recibir toda la ayuda y el libre paso, por orden del príncipe Tzsayn de Pitoria.

Entregó la carta a Davyon.

—Asegúrate de confiarla al mejor de tus mensajeros. Si la ciudad cae, algún hombre podría salir de las murallas en medio de la confusión.

Cuando Davyon guardaba la carta en su chaqueta, un guardia abrió bruscamente la puerta.

—Su Alteza, usted pidió que le informaran de cualquier irrupción de las murallas. La puerta sur ya ha sido traspasada y hemos debido retroceder a la segunda barricada. El fuego se ha extendido y muchos edificios están en llamas.

Todo estaba ocurriendo incluso más rápido de lo que Tzsayn había calculado.

—¿Y las puertas oriente y poniente?

—La puerta oriental sigue en pie. La poniente sufre un ataque sostenido.

Tzsayn se dirigió velozmente con Davyon hacia la puerta poniente. Estaba rodeada por edificios en llamas. Un grupo de soldados invasores se había abierto paso y estaban luchando con los soldados de cabello azul del príncipe.

Tzsayn blandió su espada y se unió a la lucha. Había enviado a sus hombres a combatir muchas veces en las últimas semanas, pero siempre se quedaba observándolos desde lejos. Había entrenado y había tenido combates de práctica, alistándose para la batalla, pero ahora se encontraba en el vórtice de la contienda. Y esto, un enfrentamiento verdadero, no podía compararse con ninguna otra cosa. Estaba lleno de temor y energía, con los ojos fijos en su adversario en ese momento, un enorme soldado de Brigant cubierto por un casco, pero al mismo tiempo estaba pendiente de todos los que lo rodeaban. A su derecha, cayó uno de sus guardias, que soltó un alarido al perder un brazo de cuajo. El enorme soldado tropezó con un cadáver atravesado por flechas ardientes. Apartó la espada un instante para recuperar el equilibrio, y Tzsayn se lanzó hacia él para propinarle un tajo en el vientre. Las entrañas del soldado de Brigant se derramaron a sus pies. Tzsayn pasó por encima de su contrincante y se dirigió hacia el siguiente.

Estaban logrando algún progreso, obligando al enemigo a retroceder hacia la puerta, que ahora ardía en llamas, pero en aquel momento más soldados de Brigant empezaron a escalar las paredes. Tzsayn gritó a Davyon:

—Asegúrate que el fuego que arde en la puerta crezca tanto como sea posible, y entonces nos replegaremos a la siguiente barricada. —Las llamas danzaban por el aire mientras Tzsayn y un pequeño grupo de hombres con el cabello teñido de azul retrocedían para esperar el siguiente ataque. Pero al

llegar a la barrera improvisada, otro soldado se acercó a él corriendo a través del humo.

—¡Su Alteza! El ejército de Brigant ha irrumpido en el castillo. ¡Ya están por todas partes!

—¿Qué? ¿Cómo?

—Llegaron desde el norte. Cruzaron el río y luego escalaron el muro con sogas.

—Pero se suponía que el castillo era inexpugnable —Tzsayn miró a Davyon.

Por una vez Davyon pareció desconcertado. Después de un instante murmuró:

—Todos lo creíamos. Si el castillo está perdido, entonces todo está perdido. No hay sitio adonde retirarse.

Tzsayn se volvió para mirar en dirección al castillo y pudo ver el humo que salía de su interior.

—El castillo está perdido, yo he sido derrotado.

El príncipe había fallado. Pero aún había algo que podía hacer.

—Davyon, necesito que ayudes a la princesa Catherine. Si conozco bien a Ambrose, estoy seguro de que la sacaré del castillo. Encuéntrala. Abandonad Rossarb, escóndela, haz lo que sea necesario para mantenerla a salvo.

Davyon negó con la cabeza.

—No, Su Alteza. Yo permanezco con usted en todo momento... en especial, ahora.

—Quiero que te asegures de que la princesa esté a salvo.

—Eso no... No puedo. Juré protegerlo con mi vida.

—¿Te estás negando a mi orden?

—No. Pero... Su Alteza. Por favor. Mi misión es protegerlo, permanecer con usted.

—Tu misión, Davyon, es hacer lo que yo te ordene. De

ahora en adelante, la princesa Catherine es tu prioridad absoluta. ¿Lo entiendes? Si le fallas a ella, me habrás fallado a mí.

—Ya le fallé, Su Alteza. Debería haberme asegurado de que el castillo estuviera mejor protegido.

—Entonces, haz esto por mí ahora, Davyon. Protege a Catherine como me protegerías a mí. Sabes lo mucho que me importa.

Davyon asintió.

—Júralo.

—Lo juro.

Tzsayn forzó una sonrisa.

—Sabes que tú también me importas, viejo amigo —abrazó a Davyon, que estaba tan rígido como una tabla—. Encuéntrala, Davyon, y haz que este mensaje llegue a Thelonius.

Davyon hizo una reverencia.

—Ha sido un honor servirle, señor.

—El honor es mío, Davyon. ¡Aunque, maldita sea, hombre, lo haces sonar como algo definitivo! Tengo la intención de sobrevivir y de reunirme contigo después de que todo termine.

—Eso también sería un honor, Su Alteza —dijo Davyon, y dando media vuelta salió corriendo hacia el castillo, hasta desaparecer entre la humareda.

Tzsayn se quedó mirándolo mientras se alejaba, seguro de que nunca volvería a verlo. Ni a Catherine, ni a su padre, ni a nadie aparte de los últimos hombres que le quedaran, sus hombres de cabello azul.

Los soldados de Brigant avanzaban hacia la barricada. Una lanza se clavó en el hombre que estaba al lado de Tzsayn, y éste, con un rugido de furia, se adentró de nuevo en la refriega. El ejército de Pitoria retrocedía lentamente, pero no

tenían dónde replegarse ahora que el castillo había caído. Se abrían paso a través de callejuelas secundarias y callejones repletos de humo, cediendo terreno poco a poco, hasta que se encontraron en una plaza: el mercado de pescado, a juzgar por el olor.

Tzsayn y sus soldados de cabello azul se encontraron en mitad de la plaza, rodeados por enemigos en todos los flancos y, más allá, la ciudad ardía en llamas. No había manera de escapar.

Y entonces, un hombre a quien Tzsayn reconoció dio un paso al frente, de entre las filas de soldados de Brigant.

Boris, el hermano de Catherine.

—Príncipe Tzsayn. La ciudad ha caído. El castillo es nuestro. Ríndase ahora y conservará la vida.

—Mientes —escupió Tzsayn—. Tu padre no acostumbra a conservar vivos a los prisioneros.

—Los dejamos vivir tanto como nos place. Horas, en el caso de algunos, días para otros. Quizás en su caso, príncipe, sea un mes entero.

—Prefiero morir aquí y ahora.

Boris hizo una mueca burlona.

—Lamentablemente, ésa no es una opción.

El ejército de Brigant se estaba acercando. No rápido, sino de manera lenta y acechante. Tzsayn ya no podía ver a Boris a través de la espesa masa de soldados, pero escuchó su orden.

—Matad a los guardias. Traedme al príncipe.



EDYON

MESETA NORTE, PITORIA

Edyon levantó la mirada a las estrellas, que se extendían por el cielo nocturno como sal sobre una piel escamada y ennegrecida. *No, no pienses ahora en comida, se dijo.*

En lugar de ello miró hacia la tierra oscurecida y las laderas distantes donde ardían pequeños fuegos. *¡Tampoco pienses en una fogata para calentarte!*

Marcio, con su rostro pálido y sus ojos plateados, estaba a su lado. Se veía exhausto, como un muerto viviente. *¡Bah! No pienses en la muerte. Ni siquiera pienses en pies.*

Los pies de Edyon estaban adoloridos y congelados. Él también era un muerto viviente.

—Supongo que no existe la posibilidad de que los fuegos pertenezcan al ejército de Pitoria y que nos estén buscando con comida, vino y colchones.

Marcio sacudió la cabeza.

—Ambrose dice que son de Brigant.

Marcio y Edyon habían escapado de la batalla y la quema de Rossarb la noche anterior, y habían huido a la Meseta Norte junto con la princesa Catherine, sir Ambrose y unos cuantos más, pero los soldados enemigos estaban tras sus pasos.

La ironía era que al ejército de Brigant (reconocido como el grupo de hombres más duro y brutal) se le permitía la comodidad de un fuego, mientras que Edyon (un joven sensible y refinado) no tenía nada mejor para mantenerse caliente que una delgada capa que apestaba a humo.

—No veo por qué no podemos encender un fuego —murmuró—. Ya están siguiendo nuestras pistas. Saben que estamos aquí.

—En la oscuridad, no pueden seguir nuestras huellas. No pueden estar seguros de dónde nos encontramos exactamente, pero si encendemos el fuego, tal vez se sientan tentados a enviar algunos hombres para capturarnos.

—Pero vendrán en cuanto amanezca —replicó Edyon—. ¿A qué distancia están?

—A una jornada, según Ambrose. Sólo tenemos que mantener la ventaja. Aumentar el ritmo de marcha.

—¿No estarás hablando en serio? No podemos ir más rápido.

—Tendremos que hacerlo.

Edyon ya no quiso mirar los fuegos de los soldados de Brigant y tampoco las estrellas. Se dejó caer sobre el suelo cubierto de nieve, regresó a su refugio y se envolvió en su capa. Era verano, pero hacía frío en la meseta y el viento helado venía directamente del norte. Se habían detenido en la cima de una colina, jaspeada aquí y allá por cuevas poco profundas, una de las cuales Edyon había reclamado para sí.

—Solía pensar que mi vida era aburrida —dijo Edyon mientras pasaba su mano sobre la tierra, retirando pequeñas piedras afiladas para hacer su cama—. Lo que daría ahora por un día de verdadero aburrimiento. Un día de no hacer nada. De sentarme en un cojín... ¡ay, un cojín! De sopesar si

debería comer estofado o pastel de pollo, beber vino tinto o blanco, pasear por el río o subir la colina...

—¿Tal vez de hablar menos y dormir más? Necesitamos descansar —dijo Marcio.

—¡Cómo me gustaría tener a mano un estofado o un pastelillo ahora! —insistió Edyon. Uno de los soldados les había dado una pequeña taza de avena fría en agua después de caminar el día entero; eso era todo lo que había para comer: avena fría en agua—. Y una copa de vino, de cualquier color, no me importaría. Cerveza incluso. Pero, por favor, no más caminatas.

—¡Entonces, duérmete! —finalizó Marcio.

—Disculpe, señor —dijo Tanya, la doncella de la princesa Catherine, quien tenía un aspecto terrible, con una marca negra de humo en un costado del rostro y una mirada oscura en los ojos. Esperaba al pie de la entrada del pequeño refugio de Edyon—. La princesa pregunta si podría reunirse con ella.

Edyon suspiró. Apenas había hablado con su prima, la princesa, y se sentía halagado de ser invitado a su círculo, pero estaba agotado y, en realidad, el círculo de Catherine ahora constaba sólo de una doncella y algunos soldados. ¿Y de qué otra cosa podrían hablar si no era de cuándo los enemigos los atraparían? Edyon quería olvidarse de todo.

—Estaba a punto de dormir. ¿Es urgente?

—No tengo ni idea, señor. ¿Debo decir a la princesa que tiene cosas más importantes que hacer?

Edyon ignoró el sarcasmo y se levantó con dificultad.

—Sólo estoy cansado, hambriento y con frío, y recibí el consejo de descansar antes de reanudar la huida mañana. Sin embargo, estaré encantado de reunirme con la princesa.

Tanya se alejó con las manos en las caderas, y Edyon la escuchó decir:

—Debería intentar experimentar cansancio, frío y hambre con un corpiño y una falda. —Se sentó en medio de los soldados de cabello blanco que reían de lo que fuera que ella había dicho al final y ahora miraban en dirección a Edyon.

Marcio acompañó a Edyon por la pendiente adonde estaba la princesa Catherine con sir Ambrose y uno de los hombres del príncipe Tzsayn, un soldado de cabello azul, maduro, delgado y bien curtido.

Catherine los saludó con una sonrisa cansada.

—Edyon, Marcio, gracias por venir. Éste es el general Davyon, guardia personal del príncipe Tzsayn.

—Buenas noches, general —sonrió Edyon, pero enseguida cayó en la cuenta de que un guardia personal no abandonaría a un príncipe a menos que dicho príncipe estuviera muerto. Su rostro se contrajo mientras decía—: ¿Su presencia aquí significa que...? ¿El príncipe...?

Davyon frunció el ceño, aunque no era un cambio de expresión muy perceptible para alguien que parecía que nunca había sonreído.

—Sólo significa que el príncipe me ha encomendado una misión especial. Aunque había mucho por hacer para defender a Rossarb en sus últimas horas, pensó también en su deber de proteger a toda Pitoria. Me dio un mensaje que debe ser llevado al príncipe Thelonius, en él le advierte de los planes de Aloysius para conformar un ejército de jóvenes y le pide que se una a él en la resistencia contra Brigant. Pero yo no puedo llevar el mensaje personalmente porque el príncipe me ha asignado otra misión: proteger a la princesa.

Catherine tendió el pergamino a Edyon.

—Así que he sugerido que seas tú quien lleve el mensaje. Tu padre, el príncipe Thelonius, necesita entender la gravedad y la urgencia de la situación, y el poder que subyace en el humo de demonio. Si su ejército se alía con Pitoria, nuestra victoria conjunta sería más probable, y pronta.

Edyon tuvo consciencia de la responsabilidad y el honor de llevar este mensaje, un encargo que en sí mismo reflejaba su propia herencia dual: su madre era de Pitoria y su padre de Calidor.

—Haré todo lo posible para entregarlo a mi padre —dijo agarrando el pergamino y alzándolo. Apenas alcanzaba a distinguir las letras en la oscuridad, pero pudo ver el sello real de Pitoria.

—Este pergamino concede a quien lo lleve paso libre y seguro a través de Pitoria y por barco hasta Calidor —dijo Davyon.

—Excelente —exclamó Edyon, si bien no pudo resistirse a agregar—: Todo lo que tenemos que hacer es mantenernos por delante del ejército de Brigant y evitar a los demonios en el trayecto.



CATHERINE

MESETA NORTE, PITORIA

*Corre a esconderte,
corre a esconderte,
los lobos se acercan,
y quieren comerte.*

Canción infantil de Brigant

—No puedo verlos —dijo Catherine entrecerrando los ojos para tratar de mirar más allá del resplandor de la nieve.

—En el punto bajo de la cresta. A la izquierda del pico más elevado. —La voz de Ambrose sonaba mesurada, no alarmada, pero había algo más en ella. El joven soldado parecía haberse endurecido en los últimos días, como si una capa de hielo se hubiera congelado sobre él, de la misma manera que todo en este sitio.

El cielo se veía gris pálido, estaba oscureciendo y parecía oscilar un poco. Catherine se apoyó en el bastón que Geratan, uno de sus soldados, había elaborado para ella la primera mañana del recorrido, que parecía ya lejana, aunque había sido sólo el día anterior... no, el día anterior a éste. Todo parecía

fundirse en un solo día. Habían descansado la primera noche en las pequeñas cuevas, pero caminaron toda la segunda noche, y ahora era casi media jornada del tercer día desde que habían dejado Rossarb.

Catherine obligó a sus ojos a centrarse en la ladera de la lejana montaña. Entonces los vio: diminutas motas oscuras. No parecían gran cosa, pero estaban apareciendo más sobre la cresta, descendiendo y fusionándose contra el fondo de nieve blanca. Antes, habían estado caminando entre los árboles y resultaban más difíciles de detectar, y ella había confiado en que hubiesen encendido los fuegos de las dos últimas noches para asustarlos, para que pareciera que sus perseguidores eran más numerosos.

—¿Definitivamente son las tropas de mi padre? —preguntó a Ambrose.

—Sí. El que está cerca del frente lleva un banderín cuadrado.

Brigant tenía banderines cuadrados; los de Pitoria eran triangulares. Aquellos hombres eran de Brigant.

—Yo diría que es sólo un batallón —agregó Ambrose—. Doscientos hombres.

—¡Doscientos! —El corazón de Catherine se encogió mientras echaba un vistazo a su grupo: veinte. No había habido ninguna posibilidad de que vencieran a las tropas enemigas en un enfrentamiento cuando estaban en su mejor momento, y ahora se encontraban cerca de estar en sus peores condiciones.

—¿A qué distancia estamos?

—Medio día, a lo sumo.

Demasiado cerca. No habría tiempo para aminorar la marcha o descansar. Pero no podrían seguir caminando durante toda la noche. Ya habían andado más rápido y durante más

tiempo de lo que ella habría creído posible, atravesando la meseta en dirección poniente con la intención de virar hacia el sur para ponerse a salvo. Se trataba de una idea desesperada: el clima era muy duro, éste era territorio de demonios y su única guía era una niña de trece años.

Tash, había que reconocerlo, parecía estar sobrellevando con entereza el viaje, al igual que Rasyon y Geratan, los hombres de cabello blanco más leales con que contaba Catherine. El general Davyon era tan duro y resuelto como habría esperado del hombre más cercano al príncipe Tzsayn. También venían diez soldados rasos: siete eran suyos, con el cabello teñido de blanco como demostración de su lealtad a ella, y tres con cabello azul, de Tzsayn. Avanzaban también en el grupo un cocinero y un anciano sirviente que se había quedado en Rossarb tanto tiempo como pudo antes de huir con ellos, aunque parecía estar a punto de desmayarse. Tanya, la doncella de Catherine, que había estado con ella desde su viaje de Brigant, no se quejaba, pero era evidente que sus fuerzas se encontraban bastante menguadas. Las piernas de Catherine estaban cerca de flaquear. Finalmente estaban Edyon y Marcio, pero ninguno contaba con experiencia en combate. No eran mayores que Catherine y tampoco parecían mucho más fuertes.

Todos habían dado cuanto podían, pero ahora sus esfuerzos parecían inútiles: los hombres de su padre los alcanzarían antes de llegar al extremo de la meseta, antes de que estuvieran siquiera a mitad de camino.

—¿Qué piensas que se proponen hacer? —preguntó a Ambrose. Él había sido uno de esos soldados tan sólo unos meses atrás. Había entrenado con ellos, vivido con ellos: sabía lo que estaban planeando.

El guardia se encogió de hombros.

—Ya salimos de la zona de los árboles, podéis ver exactamente dónde estamos. Todo es plano y abierto. Enviarán a un pequeño grupo de sus hombres más veloces a perseguirnos.

—¿Cuántos?

—Los suficientes para vencernos —dijo. Miró al grupo y se echó a reír—. Cinco deberían bastar.

El Ambrose de antes nunca habría dicho algo tan cínico, pero quizás acogería con gusto la pelea. De hecho, ése era el lema no oficial del ejército de Brigant: “Mejor luchar que huir”. Era preferible luchar contra tus antiguos compañeros que morir congelado o a manos de un demonio.

Pero Catherine no quería entrar en combate, no quería ser derrotada. Pensó en los libros de guerra que había leído. Sentada durante horas en la biblioteca de su padre, nunca imaginó que algún día usaría seriamente aquella educación autodidacta, pero sentía satisfacción sabiendo que su padre tampoco lo habría imaginado, ya que educar a una niña sobre cualquier tema —estrategias bélicas, en particular— le habría parecido un sinsentido.

—Imagino que enviarán el doble de nuestro número. Como dices, querrán asegurarse la victoria.

Los soldados de Brigant darían muerte a todos los de su grupo, incluso si se rendían. Ella y Ambrose eran traidores y no serían tratados tan benévolamente: serían llevados de regreso a Brigant para ser torturados antes de su ejecución pública.

—Por eso tiene que marcharse. —Ambrose se volvió hacia Catherine. Buena parte de su rostro estaba cubierto por una capa y una capucha y ella sólo podía ver sus ojos, diminutos cristales de hielo que salpicaban sus largas cejas y pestañas—.

Juntos, usted, Tash y el general Davyon pueden llegar hasta el sur y salir de la meseta. Tash la guiará. El general Davyon la mantendrá a salvo.

—No. No voy a abandonar al grupo —dijo Catherine. Habría querido decir “No voy a abandonarte”, pero algo la contrajo. Un par de semanas atrás había creído que Ambrose estaba muerto y estuvo a punto de hundirse. El pensamiento de dejarlo en este sitio para combatir y morir le resultaba imposible. La alternativa para que Ambrose también viniera... significaría abandonar al resto del grupo a su suerte. Catherine sacudió la cabeza—. No puedo.

—No hay opción.

Catherine pudo ver el dolor en los ojos de Ambrose, pero ¿quería huir con ella o preferiría luchar?

—Siempre hay una opción —declaró con tono un poco fanfarrón.

—Bueno, por supuesto que tiene razón, Su Alteza —dijo Ambrose, y su entonación cambió a una de cínica burla que ella nunca había escuchado en él—. Tiene dos opciones: huir y sobrevivir, o quedarse y ser capturada, torturada y ejecutada públicamente. Estoy seguro de que su padre diseñará un artefacto particularmente interesante para exhibir su cabeza.

Esas palabras dejaron su corazón helado. Su padre había torturado al hermano de Ambrose, Tarquin, durante días, tal vez semanas, antes de darle muerte, y luego había enviado su cabeza y sus manos sobre una cruz de metal como obsequio para el príncipe Tzsayn. Estaba segura de que Ambrose se culpaba, al menos en parte, por lo que le había sucedido a su hermano.

Catherine colocó su mano sobre el pecho de Ambrose y lo miró a los ojos, que parecían llenos de dolor y rabia.

—Lo que mi padre le hizo a Tarquin y lo que me haría a mí sólo demuestra lo monstruoso que es, pero no puedo actuar por temor y no lo voy a hacer. No quiero morir, no quiero que mueras, ni quiero dejar a mis hombres para que mueran. Además, me he propuesto ser una líder, alguien a quien mis hombres estén dispuestos a seguir. Tengo una obligación con ellos.

—Princesa, usted no tiene la obligación de morir con ellos. Tiene la obligación de vivir y continuar la guerra después de que ellos ya no estén con nosotros.

—Sé que estos hombres darían sus vidas para permitir que yo escape. Sé que tú mismo lucharías y morirías por mí, Ambrose. Y una parte de mí desea huir... tengo miedo, lo admito. No quiero ser atrapada y torturada. Pero... no puedo dejar a mis hombres.

Ambrose cogió la mano enguantada de Catherine.

—Si desea convertirse en una verdadera líder, debe tomar decisiones difíciles. A veces es necesario sacrificar tropas. Se pierde una batalla para ganar una guerra. Y el líder siempre debe sobrevivir... Ésa es su responsabilidad. Usted tiene la vida de ellos en sus manos y algunas de esas vidas se perderán. Si no puede aceptar eso, entonces no puede liderarlos.

—Simplemente no creo que estemos en esa situación todavía. Tú mismo dijiste que tenemos medio día de ventaja. Bueno, con eso me conformo por el momento. Está helando cada vez más, y el frío es tan duro de sobrellevar para ellos como para nosotros. Estamos hambrientos, pero ellos también lo estarán. Encontrar suficiente comida para doscientos hombres es mucho más difícil que para veinte. Nuestro grupo podría ser atacado por demonios, pero igual les puede pasar

a ellos. Y tenemos a Tash, ella conoce la Meseta Norte mejor que nadie, incluidos nuestros perseguidores.

—Y ésa es justo la razón por la que Tash puede guiarlos a usted y a Davyon hasta que estén a salvo —insistió Ambrose—. Pídale a Edyon la carta de Tzsayn y entréguesela de manera segura a Thelonius. Debe asegurarse de que el mensaje llegue. —De nuevo, la voz de Ambrose tenía un tono cínico, esta vez en el instante en que nombró a Tzsayn.

Catherine sacudió la cabeza. Se dio media vuelta y, al sentir que se tambaleaba un poco, se apoyó de nuevo en su bastón.

—Esta noche lo decidiré. Nos quedamos todos juntos hasta entonces.

—No llegaremos hasta esta noche a menos que avancemos con todo nuestro esfuerzo.

—Entonces pongamos todo nuestro esfuerzo.

Catherine avanzó sobre la nieve con paso firme hasta llegar al frente del grupo. Se sentía mareada y, al bajar la mirada, el suelo parecía oscilar. Necesitaba comida y agua. Aunque su capa era de una mezcla de lana y piel, el frío parecía encontrar la manera de calar. Se acercó al general Davyon.

—Acordé con sir Ambrose que continuaremos avanzando con todas nuestras fuerzas hasta el anochecer, general —dijo Catherine—. Por favor, ayúdeme a demostrarle que podemos hacerlo.

Davyon miró a Ambrose, pero luego hizo una señal de asentimiento hacia ella y, con un murmullo que equivalía a “Así será, Su Alteza”, se puso en marcha.

Catherine tuvo que dar grandes zancadas para seguir los pasos de Davyon. Iba contando cada paso y observando la profundidad de las huellas que dejaban los pies del general, encajando sus propios pasos en cada una de esas huellas.

Uno.

Dos.

Uno.

Dos.

Uno.

Dos.

Catherine no levantaba la vista, sólo miraba las huellas que estaba siguiendo. Parecía como si estuviera en trance. Una y otra y otra vez.

Más allá del trance, alguien gritó:

—¡Mirad!

Catherine estuvo a punto de chocar con Davyon, que se había detenido. Ambrose estaba señalando hacia atrás.

—Están enviando de avanzada a sus hombres más veloces.

Catherine trató de afinar la vista, pero a duras penas podía enfocarla.

—¿Cuántos?

—Cuarenta —respondió Ambrose—. El doble de nuestro número, como usted predijo.

—En este caso, estar en lo cierto no es un gran consuelo.

—Y aceptará que yo también estoy en lo cierto, espero. Tiene que seguir adelante con Tash ahora mismo. No puede esperar hasta la noche.

—No, es preciso que todos dejemos de hablar y sigamos caminando. General, lidere usted el avance.

Catherine se giró para ponerse en marcha de nuevo, pero el suelo pareció moverse hacia ella, aunque sólo percibía una sensación de estar flotando. De pronto, estaba mirando a Ambrose, quien la llevaba en brazos. Su cuerpo contra el de ella se sentía cálido, sus brazos fuertes y firmes, pero suaves. Sabía que el agotamiento estaba jugando trucos a su mente.

Y éste era un ardid delicioso. Cómo le encantaría que esto fuera real, que por un tiempo estuviera entre los brazos de Ambrose. Apoyó la cabeza en el pecho del hombre, sintió su aliento en la mejilla y murmuró:

—Esto es mejor que caminar. —Era mejor que cualquier otra cosa en la que pudiera pensar.

—¿Está despierta, Su Alteza? Se desmayó.

—¿Qué?

¡No! No era un truco de su mente, era real. Él la estaba cargando. Catherine no podía ser vista por los demás exhibiendo tal debilidad.

—Puedo caminar. Déjame caminar. ¿Dónde está mi bastón?

—Lo tiene Tanya.

—Tráemelo y caminaré.

Ambrose no respondió.

—Bájame. Puedo caminar con el bastón.

—Se desmayó cuando estaba caminando con el bastón.

Empezó a forcejear. Ambrose tropezó y dejó que las piernas de ella tocaran el suelo, quedando en pie ante él. Catherine miró al resto de su grupo. Ella era la más débil. Y volvió a mirar a los soldados enemigos y al grupo más pequeño que se había separado del resto y se dirigía cual flecha hacia ellos.

Catherine estaba haciendo que su grupo caminara con mayor lentitud. Sería la causante de sus muertes. Era risible pensar que Ambrose hubiese sugerido que corriera... cuando apenas podía tenerse en pie.

Excepto que había una cosa que sería de ayuda. Ambrose todavía llevaba la botella de humo púrpura de demonio en la bolsa que le colgaba del hombro.

Catherine había probado el humo de demonio en Rossarb y le había fascinado lo fuerte que la había hecho sentir. Había

arrojado una lanza más lejos de lo que jamás había lanzado cualquier cosa. Su técnica había sido deficiente, pero la fuerza que había sentido era maravillosa. El humo la había hecho sentir algo atolondrada, pero también había agudizado su percepción, permitiéndole notar cosas: como la forma en que el príncipe Tzsayn la había tocado en la espalda, la manera en que colocaba concienzudamente sus dedos sobre la lanza, el gesto con que Ambrose la miraba, la intensidad con que ella quería acariciar los contornos de la mejilla de ese hombre.

—Necesito ser más fuerte. Más rápida —le dijo a Ambrose—. Necesito el humo de demonio.

—Es una droga. Hizo que Edyon se desmayara.

—A mí me fortaleció. Sólo tomaré una pequeña cantidad.

—En ese caso, se sentirá lo suficientemente fuerte para seguir adelante con Tash. Puede escapar. Nosotros nos quedaremos y lucharemos. —Era como si Ambrose hubiera estado esperando esta oportunidad, como si eso fuera lo que quisiera en realidad.

Ella negó con la cabeza.

—Permaneceremos juntos. Y si alguna vez me separo del grupo, tú vendrás conmigo.

Él la miró fijamente.

—Voy a luchar contra ellos un día. Su Alteza no podrá evitarlo.

—Cuando eso suceda, haré cuanto pueda para asegurarte la victoria, Ambrose. Pero aquí no la obtendrás.

Ambrose inclinó la cabeza como si acabara de hacer un trato con ella. Sacó la botella de humo de demonio del bolso de cuero. El humo púrpura brillaba intensamente, enfatizando lo sombrío que se había puesto el cielo a su alrededor. Catherine asió la botella, que era pesada y cálida, y el humo que había

en ella se arremolinó más rápido y pareció hacerse más espeso cerca de sus manos.

Catherine aflojó el corcho, permitiendo que escapara un poco de humo antes de volver a taponar la botella. Y rápidamente se inclinó hacia delante, metió la cara en el humo e inhaló. La fragancia se deslizó por su nariz y dentro de su boca. Se arremolinó sobre su lengua, bajó por su garganta y pareció calentar su cuerpo desde dentro. Su rostro se sintió acalorado, y hormigueaba. Sonrió. El placer de sentir calor era divino. Relajó los hombros. Las tensiones parecían estarse desvaneciendo. Su tenso, rígido y débil cuerpo estaba siendo sustituido por uno más fuerte, ágil, lleno de energía.

Inhaló otra voluta y se dio la vuelta para mirar hacia el ejército que la seguía... sintió que podría enfrentarlos ella sola.

¡No! Eso sería absurdo.

El humo le estaba jugando una mala pasada. Tenía que concentrarse. Lo único que necesitaba era caminar rápido. Le devolvió la botella a Ambrose, quien la metió en el bolso que colgaba de su hombro, mientras sus ojos escrutaban a Catherine.

—¿Cómo se siente?

—Más cálida y mucho, mucho más fuerte. Creo que podría cargarte, sir Ambrose. —Catherine se volvió hacia Davyon—. Tenemos que marcharnos. ¿Dónde está Tash?

—Se adelantó, Su Alteza. Está preocupada por el clima. Catherine soltó una carcajada.

—Y nosotros palideciendo por los soldados de Brigant.

—Dice que se avecina una tormenta. Quiere encontrar un refugio.

El cielo había estado gris y nublado todo el día, pero ahora las nubes en el norte eran más oscuras y parecían casi negras.

El pequeño consuelo era que una tormenta golpearía a sus perseguidores con tanta fuerza como a su grupo.

Se pusieron de nuevo en camino, siguiendo el rastro que había dejado Tash.

Davyon lideraba la marcha, mientras Geratan y Rafyon ayudaban a los más lentos. La mayor parte del tiempo el grupo se mantenía en silencio. Toda la energía que les quedaba era necesaria para caminar. Catherine agarró la mano de Tanya y estuvo a punto de arrastrarla detrás suyo.

Si tan sólo todos pudieran inhalar el humo, pero no funcionaría en Ambrose o Tanya, debido a que ya no eran tan jóvenes. Aunque tal vez debería ofrecerlo a Marcio y Edyon. Había visto cómo Edyon usaba con éxito el humo para curar a Marcio, y cómo una herida se había sellado al instante ante sus propios ojos, por lo cual sabía que Marcio era lo suficientemente joven para aprovechar sus beneficios. Pero, por otro lado, Edyon se había derrumbado en el suelo la última vez que lo había inhalado, y ella no podía correr ese riesgo. ¿Por qué el humo tenía diferentes efectos? Ella no se sentía en absoluto cansada. Se sentía viva, llena de energía. *Poderosa*. Podría caminar kilómetros.

Caminar y pensar: eso era todo lo que debía hacer en ese momento, y tenía un largo camino por recorrer y mucho en qué pensar. La guerra siempre estaba rondando su mente. Pero a veces era un alivio recordar tiempos más felices.

La mente de Catherine retornó a su gloriosa procesión a través de Pitoria, desde la costa hasta la capital, y a su increíble castillo de torres blancas, Tornia. Ahora mismo volvía a ver la procesión en su mente.

Los caballos, los bailarines y los músicos.

Mi flor blanca, la witun.

Mi vestido blanco y sus gemas y cómo brillaban al sol.

Los hombres que se tiñeron de blanco el cabello para mostrar que me seguirían.

Y cuando vi a Tzsayn por vez primera.

Había temido que Tzsayn fuese tan frío y aburrido como su madre le había advertido. Pero nunca se mostró distante, nunca fue aburrido. Su madre se había equivocado rotundamente.

Madre. Apenas he pensado en ti durante días. ¿Qué sabías de esta guerra? ¿Sabías de los planes de padre? Estoy segura de que me habrías dicho algo de haberlo sabido. Creíste que me casaría con Tzsayn. Creíste que podría tener un futuro con él. No anticipaste esta guerra porque no tiene sentido. ¡Una guerra por el humo de los demonios!

Pero su padre había planeado el ataque cuidadosamente. Su hermano Boris y Noyes, el inquisidor de su padre, y sus hombres habían atacado a los reyes y nobles que se habían reunido en Tornia para la celebración de la boda.

Tantos hombres asesinados. El rey Arell herido... ¿habría fallecido a causa de sus heridas?

Catherine había sido culpada de traer a su padre y a su hermano a Pitoria. Lord Farrow, uno de los más poderosos señores de este reino, había pedido su arresto.

Farrow me odia.

Pero el príncipe Tzsayn no me culpó por las acciones de mi padre y Boris.

Él me protegió. Estaba realmente agradecido por la advertencia que le hice.

Y la forma en que él le mostró cómo sostener una lanza, la forma en que suavemente colocó su mano en la posición adecuada. La forma en que aflojó con lentitud cada uno de sus dedos. La forma en que su pierna se había mantenido

firme cuando ella entre risas se balanceó contra él, sintiendo en ese momento la fuerza de Tzsayn, pero también la suya, como ocurría ahora.

Había tantas cosas de Tzsayn que le gustaban.

Su humor. Su voz. Su honestidad. Él es amable conmigo. Él me respeta y es atractivo, incluso hermoso cuando se mira desde algunos ángulos.

Pero, por otra parte, están sus ropas. Casi absurdas... casi femeninas, y aun así, de alguna manera sigue siendo totalmente masculino. Sedas azules, terciopelos azules e incluso pieles azules.

Y ese tinte azul en su piel, bajo sus chaquetas y camisas.

¿Dónde termina el azul?

Catherine se echó a reír. El príncipe Tzsayn no se parecía a ningún hombre que hubiera conocido antes.

No es que haya conocido a muchos hombres. En absoluto. Aparte de mi padre y mis hermanos, Noyes y un par de guardias reales. Y Ambrose.

Y Ambrose. Él era guapo y galante y, no obstante, totalmente diferente de Tzsayn. Ambrose la había cautivado desde el momento en que lo vio por primera vez, dos años antes, cuando él se unió a la Guardia Real. Por supuesto, ella siempre había sabido que nunca podrían estar juntos. Ella era una princesa, y Ambrose no tenía la suficiente alcurnia para que sus padres lo consideraran un pretendiente adecuado. Ella podía admirarlo desde lejos, pero cualquier cosa más allá pondría en riesgo sus vidas. La de él más que la de ella.

Pero ahora la situación era diferente. Ya no tenía motivos para seguir las reglas de su padre y Tzsayn la había liberado de su obligación con él. Era libre de elegir.

—Tash está de regreso, Su Alteza —dijo Tanya, tirando del brazo de Catherine.

La muchacha estaba pisoteando la nieve. A duras penas le llegaba al pecho a Ambrose. Era menuda, todavía una niña, pero podía hacer recorridos tan exigentes como un perro de caza. Sus trenzas rubias estaban atadas hacia atrás y una bufanda cubría su nariz y su boca, pero en ese momento tiró de la bufanda y frunció el ceño.

—Tenía la esperanza de que llegáramos a los árboles para refugiarnos antes de que nos alcanzara la tormenta, pero todos son tan lentos.

Los soldados que los perseguían continuaban siendo pequeñas marcas negras en la distancia, más cercanas que antes, pero no por mucho. Si el grupo de Catherine pudiera llegar a los árboles antes de que la tormenta golpeará con toda su fuerza, podrían resguardarse. Sería más fácil una vez que estuvieran en el bosque, donde estarían protegidos del viento y la nieve no sería tan abundante. La tormenta frenaría al ejército de Brigant.

—Debemos seguir adelante. Tenemos que alcanzar los árboles —dijo Catherine mientras unos finos copos de nieve húmeda caían sobre su mejilla—. Aseguraos de que todos permanecéis juntos.

Y avanzó decidida hacia la tormenta.



TASH

MESETA NORTE, PITORIA

Tash necesitaba alejarse de este grupo. Todos eran unos inútiles. Si hubieran sido sólo ella y Gravell, habrían llegado a los árboles siglos atrás. Pero Gravell ya no estaba aquí. Estaba muerto y, muy pronto, los demás también lo estarían. El ejército de Brigant abatiría hasta al último de ellos.

Fácilmente podría llegar hasta los árboles sola.

Fácilmente.

Con los ojos vendados, con una mano atada a la espalda.

Debería separarse de ellos y llegar hasta los árboles por su cuenta, después de eso abandonarlos y dirigirse a Pravont, y luego hacia el sur.

Pero ¿luego qué? ¿Luego adónde iría?

Gravell había sido su familia. Su amigo. Su todo. No tenía a nadie más. Cuando Tash cerraba los ojos, veía el cadáver de Gravell derrumbado en el suelo, la lanza en el pecho, la sangre goteando a través de su chaqueta. Había muerto en la batalla de Rossarb para salvarla. Se había sacrificado para que ella pudiera escapar.

Tash lloraba cada vez que pensaba en Gravell, y ahora las lágrimas amenazaban con derramarse de nuevo. Pero antes

de que sucediera, la nieve golpeó sus mejillas. Las nubes en lo alto eran de un gris oscuro y negras en el norte. El viento estaba ganando fuerza y los finos copos de nieve de un inicio ya se habían convertido en una espesa nevada. Ésta era una tormenta de verano: podían ser copiosas, pero nunca duraban más de un día. Sin embargo, ya se había desatado y el grupo todavía no había alcanzado los árboles.

Tash miró hacia atrás para revisar cómo iban los demás. Tenía que admitir que no todos eran del todo inútiles. La princesa estaba liderando el grupo y ahora se veía fuerte, al igual que Ambrose, Rafyon, Geratan y el general, que eran soldados, después de todo, pero el resto parecía estar al borde del colapso.

Rafyon hizo una señal con la mano a Tash, indicándole que debía esperarlos. Rafyon había sido más cercano a ella que cualquiera de los otros, desde que la había sacado de Rossarb tras el asesinato de Gravell. Pero Tash no le debía nada. Apartó sus ojos de él y miró hacia los árboles. Ella podría llegar por su cuenta en un santiamén. Allá encendería un fuego y estaría cálida y confortable cuando cayera el anochecer.

—Ya está aquí la tormenta —gritó Rafyon a través del viento cuando llegó hasta ella.

Tash ni siquiera se molestó en poner los ojos en blanco.

—Necesitamos permanecer juntos —agregó Rafyon—. No quiero perderte de vista.

—Se va a poner mucho peor. Deberías dejar atrás a los débiles —dijo ella—. De cualquier forma, necesitarán mucha suerte para huir de los soldados de Brigant. Sólo los más rápidos del grupo lograrán escapar.

—No vamos a dejar atrás a nadie.

—O dejas atrás a los débiles para que mueran o todos moriremos. —Rafyon frunció el ceño al escuchar las palabras de la chica—. No me mires así. Sabes que tengo razón. No es más que una pérdida de tiempo. Todos vais a ser masacrados lleguéis o no a los árboles. Y lo tenéis bien merecido.

—Tash. —Rafyon puso una mano en su brazo, pero ella la apartó de un empujón y retrocedió, gritando:

—¡No me toques! No tengo que quedarme con vosotros. Por culpa de este grupo, Gravell está muerto. Por vuestra culpa le clavaron una lanza y lo dejamos solo. Nadie se quejó de eso. Nadie se quedó atrás para ayudarlo. Ojalá os muráis todos.

Tash no sabía por qué había dicho eso. Ella no quería que Rafyon muriera. Le gustaba. Y también le gustaba la princesa Catherine. Y Edyon. En realidad, no le agradaba tanto Tanya, pero no quería que muriera. Pero de cualquier manera, no era justo. Gravell estaba muerto y era culpa de este grupo. Se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar, así que le dio la espalda a Rafyon y miró hacia el norte, dejando que el aguanieve golpeará de lleno su rostro.

—Tash, lamento lo de Gravell. Pero fueron los soldados de Brigant quienes lo mataron, no fuimos nosotros.

—¡No! ¡No! Fue por culpa de todas vuestras estúpidas peleas. Y ahora vais a recibir lo que os merecéis.

Si ella se quedaba con el grupo, también moriría. Aseginada por los soldados de Brigant o, más probablemente, congelada en medio de esta tormenta. Nadie tenía la ropa adecuada, armas suficientes o comida o lo que fuera. Si ella conseguía llegar hasta los árboles, podría hacer un fuego, calentarse, cazar algunos conejos. Era lo más sensato que podía hacer.

*No puedo ayudar a nadie si me quedo.
No es cobardía. No es una mala acción.
Es algo sensato.
Gravell me diría que los dejara. Gravell querría que me marchara.
Él me diría que no lo echara a perder y no mirara atrás.
—Tash —Rafyon insistió.
—Déjame en paz —y diciendo esto, echó a correr.
No mires atrás.
No puedes ayudarlos.
No les debes nada.
Siguió adelante.
Concéntrate en llegar a los árboles. Concéntrate en llegar a los
árboles.*

Estaba respirando con dificultad y llorando, y la nieve caía con fuerza sobre su rostro. El viento arreciaba y el cielo estaba gris. Todo era blanco y gris.

Todo menos la nieve bajo sus pies.

Esta nieve tenía un tinte rojo. El rojo de un hueco de demonio.

Y Tash estaba justo en su centro.